

Sesión necrológica

en memoria del Ilmo. Sr. Dr.

D. Juan Esplugues Requena

celebrada el 26 de abril de 2012

*Juan Vicente Esplugues Mota**
Académico Correspondiente R. Acad. Med. C. Valenciana

EXCMO. SR PRESIDENTE,
EXCMO. SR. RECTOR MAGNIFICO,
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Deseo expresar en primer lugar el agradecimiento de mi familia, y el mío propio a todos los miembros de la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana por el homenaje que esta sesión necrológica representa para la memoria del Profesor Juan Esplugues Requena. No ha sido una tarea fácil para mí su preparación, pero debo reconocer que gracias a ello he aprendido a valorar aún más la vida de mi padre y me ha servido para apreciar aspectos esenciales de su figura personal y profesional que la cercanía, a veces, no me permitió estimar en toda su dimensión.



Toda publicación científica comienza siempre con unas palabras clave que reflejan la esencia de la información que luego se va a desarrollar. En el caso de Juan Esplugues Requena, la búsqueda de esas palabras no fue difícil, y rápidamente escogí tres, **pionero**, **generoso** y **apasionado**, volcadas en facetas que fueron sus obsesiones y su razón de vivir: **su familia**, **su departamento/universidad** y **su ciudad**. Hay, además, otras palabras que siendo de carácter más personal, también tienen importancia en su vida profesional, como **honestidad**, **lealtad** y **afecto**, y muchos de los que estamos hoy en el Departamento de Farmacología de la Universidad de Valencia fuimos testigos y receptores de sus frutos.

Permítanme ustedes que, antes de desarrollar la cronología de su vida, explique las razones para escoger la primera de estas palabras. La Real Academia Española de la Lengua define **Pionero** como “*persona que da los primeros pasos en alguna actividad humana*”. Juan Esplugues Requena fue el pionero de la Farmacología Valenciana moderna y consiguió marcar una diferencia abismal entre la Farmacología Valenciana que él recibió y la que nos legó. Y lo logró de forma individual y autodidacta, porque no fue receptor de una tradición en la que apoyarse, sino que trabajó en el marco de un país atrasado y carente de conciencia de lo que la investigación avanzada representaba y sin muchas referencias más allá de su propia percepción de lo que era necesario hacer para orientarnos en la dirección de los países más desarrollados. No fue un caso aislado, hubo otros profesionales similares que resultaron cruciales para el nacimiento de otras ramas de las ciencias biomédicas en Valencia, algunos de ellos miembros también de esta corporación, pero él fue el primer farmacólogo que puede llamarse “moderno” en nuestra ciudad.

El Profesor Esplugues Requena nació en Biar (Alicante) el 8 de Julio de 1927, aunque él siempre se consideró de Aiello por haber transcurrido allí los momentos más felices de su infancia. Su trayectoria estuvo muy marcada por la temprana muerte de su padre, Julio Esplugues Matres. Mi abuelo era a su vez hijo de Julio Esplugues Armengol, un biólogo intelectualmente muy inquieto que, además de amigo personal de Blasco Ibañez y del periodista Azzatti fue, entre otras cosas, muchos años Ayudante Facultativo del Jardín Botánico y durante 35 Subdirector del Museo Paleontológico. Mi abuelo era un médico emprendedor para su época y fue alumno de diversos hospitales de Madrid y del Hospital Lâenec de Paris, algo muy inusual en esos días. Se especializó en Tuberculosis y tuvo la desgracia de contagiarse de sus pacientes y morir con 39 años, justo antes de tomar posesión de su recién ganada plaza de especialista en el Hospital de tuberculosos de Porta Coeli y después de haber sido Jefe de Sala de Tuberculosis en el Hospital Provincial. Mi padre casi no lo recordaba físicamente porque sólo tenía 5 años cuando murió, pero mi abuela consiguió impregnarle de una imagen tan cercana que se convirtió en una referencia permanente y real.

Y este es un punto importante para definir el carácter de Juan Esplugues Requena, ya que la desaparición del padre no sólo determinó una pérdida económica brutal que condicionó toda su infancia y juventud, sino que le privó del referente intelectual cercano. Sin embargo, las palabras de mi abuela, a quien mi padre literalmente adoraba, consiguieron inculcar en él la voluntad de pertenecer a ese marco intelectual que la imagen de su padre que le transmitieron representaba. Aquí aparece de nuevo el pionero, el hombre que, prácticamente en solitario, lucha por recrear un escenario ya inexistente. Mi padre se impuso una tradición familiar, unas normas de conducta y de objetivos vitales y profesionales ligados a su apellido que, básicamente, él mismo definió a partir de un modelo que no llegó a conocer.

Terminada la guerra civil cursa los estudios de Bachiller en el “Colegio La Providencia” de Valladolid, donde estaban internos los Huérfanos de Médico pensionados por el Colegio de Médicos de Valencia. Esta era una Institución cuasi

carcelaria llena de misas, frío, chinches y miserias, en la cual los alumnos de pago recibían un plato de comida más que los becados, y donde la diferencia entre un hambre soportable y otra insoportable radicaba en que tuvieras suficientes amigos “externos” que te dieran un “cachito” del bocadillo que traían de casa. A pesar de considerar que fueron los 5 años más duros de su vida y de ser muy consciente de los defectos de este Colegio, mi padre siempre guardó un profundo cariño por la ciudad de Valladolid; de ahí, probablemente, su devoción por Miguel Delibes. También le escuché decir muchas veces que este periodo moldeó su carácter y le hizo más fuerte. En el año 45 vuelve a Valencia para terminar el bachiller en el Colegio de los Maristas, en un ambiente humano y académico completamente diferente y, sobre todo, con la compañía de su madre y sus tres hermanas. Es al terminar el Bachiller y tener que elegir profesión cuando surge el único desacuerdo entre madre e hijo; la situación económica familiar era muy mala y mi abuela le pide que estudie enfermería, por ser una carrera corta, con la intención de que pudiera así contribuir al mantenimiento de la casa, ya que era el único varón de la familia en una época en la que, como ustedes saben bien, las mujeres no realizaban trabajo remunerado. Mi padre insiste en su determinación de estudiar Medicina y no acepta la idea de su madre. Sin embargo, se compromete a buscar la forma de colaborar económicamente. Nunca supe cómo reaccionó mi abuela, pero mi padre consiguió su objetivo y mantuvo su palabra.

En 1947 comienza los estudios de Medicina, siempre becado, en el antiguo edificio de la calle Guillém de Castro con un grupo de compañeros con los que ha mantenido relaciones de cercanía y amistad durante toda su vida. Juan Esplugues Requena quiere ser médico, y la Farmacología no forma parte todavía de ese futuro imaginado. En los años 40 y 50 la asignatura de Farmacología de esta Facultad, titulada “*Terapéutica, Materia Médica y Arte de Recetar*”, constaba de un temario arcaico, lleno de listados de plantas y remedios de dudosa utilidad. Con todo, y si bien probablemente más anticuado que otros, tampoco estaba tan alejado del tono de la época, pues es sólo entonces cuando aparecen los antibióticos, avanzadilla del cambio farmacológico que durante los siguientes 50 años revolucionaron la medicina y cuyo desarrollo coincidió plenamente con la trayectoria profesional de Juan Esplugues Requena. En Valencia la “Farma” tenía además el dudoso privilegio académico de ser muy difícil de aprobar. Tanto, que no era inusual pasar varios años intentándolo o, incluso, que no pocos alumnos emigraran a otras Facultades buscando mayores facilidades. El examen era oral y, tras un sorteo de temas por “bolas”, había que contestar cinco lecciones eliminatorias donde se pedían recetas y fórmulas magistrales de aceite de chaulmogra o de crotón, ácido fosfórico, benzonaftol, quenopodio al ajo, alumbre, atofán, cicuta, corteza de granado, helecho macho, kéfir en granos, maná, calomelanos, neosalvarsán, o de cualquiera de los otros numerosos y variados productos que se explicaban en aquellas maratonianas clases diarias de la “Farma” de los 40 y 50. Mi padre aprobó a la primera y su examen y actitud debieron ser especiales porque D. Vicente Belloch, el entonces Catedrático de la asignatura, lo recomendó ante unos padres que, desesperados por los problemas de su hijo para aprobar la asignatura, buscaban a alguien que pudiera darle clases particulares. De D. Vicente Belloch toda la vida he oído decir en mi casa que fue un hombre honesto y trabajador.

Siempre hay un punto de casualidad en la vida, y la dificultad del examen se convirtió en el origen de su relación profesional con la Farmacología. Aquel primer estudiante particular aprobó con rapidez, y mi padre se dio cuenta de que allí estaba su ocasión para contribuir al mantenimiento de su familia: dar clase a otros estudiantes. Recién iniciado cuarto curso, en 1950, **publicó su primer libro en colaboración con otro estudiante** (*“Apuntes de Farmacología Adaptados al Programa Oficial del Dr. D. Vicente Belloch Montesinos”*, Imprenta Bernet de Valencia), también conocido como “El libro blanco” que, con 449 densas páginas, pronto se convirtió en el texto de referencia de la asignatura en Valencia. Muchas veces le escuché decir lo difícil que resultó impartir clases a sus compañeros por no existir el respeto implícito que se tiene a la figura del profesor y lo que cuesta ganártelo frente a tus iguales. Pero debía hacerlo bien, porque la enseñanza particular de la Farmacología se consolidó, convirtiéndose en una importante fuente de sustento para su familia tal y como se había comprometido con su madre. Estoy seguro de que hoy, a pesar del tiempo transcurrido, aún hay en esta sala más de una persona que asistió a alguno de aquellos grupos en casa de mi abuela, y quiero con estas líneas rendir homenaje a aquellas promociones de estudiantes de Farmacología, porque tras haber ojeado la única copia que conozco del “Libro Blanco”, me maravilla la enorme cantidad de detalles que aquellos estudiantes tenían que memorizar. Una consecuencia del éxito de su nueva actividad profesional fue la falta de tiempo para asistir a alguna de las clases teóricas de la Facultad, problema que solventó gracias a los maravillosos apuntes de su novia, Amalia Mota Brú, mi madre, uno de los mejores expedientes de su promoción. Esto fue el preludio del apoyo incondicional que mi madre le prestó toda su vida y que mi padre siempre reconoció y agradeció.

También en 1950 gana su primer concurso oposición, **Alumno Interno**, un cargo entonces con prestigio por tener reconocimiento oficial del Ministerio de Educación, sueldo (163 pts/mes) y obligación de permanecer en un servicio hospitalario y hacer guardias de urgencias. Además, D. Vicente le encarga a aquel estudiante de 4º curso que “ponga en marcha” el laboratorio adscrito a la entonces “Cátedra” de Farmacología. No es mi intención realizar un glosario de anécdotas, pero no puedo dejar de citar una, que con cierto sarcasmo representa lo “heroico” de aquellos tiempos. El primer acto para recuperar la tradición investigadora de lo que según López Piñero fue la primera Cátedra del mundo de Terapéutica Química (fundada en 1590, *De remediis orborum secretis et eorum usu*, cuyo titular fue Llorens Cózar, un discípulo de Paracelso) fué cambiar la cerradura del aquel espacio de laboratorio, ya que por su aislamiento y nula utilización algún personal de la Facultad lo utilizaba para menesteres poco académicos y más cercanos a la bohemia. A partir de ese momento se produce en Juan Esplugues Requena una simbiosis, la unión entre su vocación fundamental como médico y su creciente vinculación a la Farmacología. En un primer momento no debió ser difícil de compatibilizar porque hasta 1965 la “Cátedra de Farmacología Experimental y Terapéutica” estaba al cargo de dos salas de enfermos y una policlínica, y por tanto los farmacólogos teóricos también actuaban como médicos internistas.

Finaliza sus estudios de Medicina en 1953 e inmediatamente se plantea realizar su Tesis Doctoral. Ahora esto puede parecer lo normal, pero hay que valorar la importancia de esta decisión en un contexto muy singular: nunca antes se había realizado una Tesis Doctoral sobre Farmacología en nuestra ciudad y, de hecho, no era aún requisito para ser profesor universitario. Comenzarla tan próxima en el tiempo a su reciente licenciatura es el reflejo más claro de su doble vocación médica y universitaria así como de su implicación con la investigación. Dada la precariedad de la situación en Valencia, entre 1954 y 1956 se desplaza periódicamente al Instituto de Farmacología Española en Madrid, con el coste económico y familiar que ello supone, para trabajar bajo la supervisión de otro valenciano criado en esta Facultad, el Profesor Jorge Tamarit Torres (médico y matemático), de quien se consideró alumno y aprendió el rigor científico y la inquietud por buscar. Su Tesis Doctoral se titula “*Variaciones del efecto hipotensor de varios fármacos por la insulina*”, la defiende en 1956 y obtiene la máxima calificación. Es un trabajo muy farmacológico basado en una pregunta clínica, ¿qué efectos se pueden esperar de los entonces nuevos hipotensores en un paciente diabético tratado con insulina? Evaluaba el efecto de dos gangliopléjicos y dos sales de acetilcolina sobre la regulación de la presión arterial en perro, y sorprende tanto por la modernidad de la aproximación experimental como por el tratamiento estadístico de los datos, absolutamente novedoso en aquel momento.

Ya con el doctorado bajo el brazo, comienza sus esfuerzos por ampliar su formación experimental con nuevas visitas a Madrid y las primeras (1958 y 59) a laboratorios de investigación suizos (Basilea) y alemanes (Colonia) vinculados a los Laboratorios Boehringer y Sandoz. En años posteriores, estas estancias se completaron con otra en el Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de París (1964) y, bastantes años más tarde (1971), en el Departamento de Investigación de los Laboratorios Servier, también en París.

Su vocación investigadora fue muy temprana y, de hecho, el primer artículo lo firma aún como alumno en 1952 (*Castillo E., Esplugues J.: Sobre los efectos terapéuticos cardiovasculares de la papaverina. Med. Esp 161; 91-98*), y continúa con un registro constante de publicaciones durante el resto de los años 50 y principios de los 60 en las que firma habitualmente como primer autor. Los temas son diversos, pero hay un predominio de lo cardiovascular con un cierto sesgo hacia la implicación/disección del sistema autónomo estudiado con la perspectiva que permitían las crecientes herramientas farmacológicas de la época. Son estudios experimentales en línea con el tema de su Tesis Doctoral, más que dignos, escritos en revistas nacionales, e imagino que con una difusión modesta muy a tono con la situación española de entonces. Sin embargo, son prueba de que a pesar del aislamiento y de la soledad intelectual que imperaban, y sin renunciar nunca a su faceta clínica, el Prof. Esplugues Requena se había convertido en el iniciador, el pionero del cambio para conseguir que esta ciudad contara con un embrión de investigación farmacológica moderna. Visto desde la distancia, no puedo menos que sentir un profundo respeto por esa ilusión por competir con medios claramente insuficientes. Cada uno de esos trabajos representa un ejemplo de ilusión y del esfuerzo por crecer, por mejorar y por crear una tradición ausente en nuestro medio.

La búsqueda de referencias investigadoras se acompaña de la progresión, mediante oposiciones, en la carrera tradicional del profesional médico – universitario español: primero **Médico Interno** (1954-1957) y posteriormente, y como encaje definitivo de su vocación docente, **Profesor Adjunto** (1957-1968). Puede parecer ahora la secuencia lógica, pero muestra muy a las claras su espíritu universitario y sus verdaderos objetivos puesto que, al menos en los primeros años, el salario de un Profesor Adjunto era inferior al que entonces cobraba una empleada del hogar.

Al final de la década de los 50 y los primeros 60 Valencia disfruta, al igual que el resto del país, de una transformación que permite, manteniendo una importante carga asistencial, hacer ya una investigación más regular con fondos – eso sí - muy modestos, y se publica ya de forma abundante en revistas españolas. La lista de firmantes empieza a ampliarse, alternándose los nombres de compañeros de curso, como los Drs. López-Merino, Ferrís o Gómez-Ferrer que ya figuraban en los agradecimientos de su Tesis Doctoral y en algunos de sus primeros trabajos, con los de nuevas incorporaciones a la Farmacología de esta Facultad. Se jubila el Prof. Belloch en 1965 y el Prof. Esplugues Requena se consolida como el pilar de una “Cátedra” ya sin salas clínicas ni enfermos, que empieza a parecerse más a lo que hoy en día es un laboratorio de ciencias biomédicas. Durante los cinco años siguientes Valencia recibe a dos catedráticos catalanes, los profesores Salvá y Laporte, con quienes mantuvo relaciones de respeto y cordialidad que duraron toda su vida. De ambos aprendió, y en su amor a Cataluña mi padre vio reflejado el amor que él sentía por Valencia.

La situación de la Farmacología española en los años 60 era especial, aunque supongo que - con matices- también en otras áreas, y requiere alguna explicación. En primer lugar el nivel era en general pobre, a tono de nuevo con la situación académica del país y, en segundo lugar, en la Universidad había muy pocos catedráticos de Farmacología. Casi todos eran médicos y actuaban en el ámbito de las Facultades de Medicina, dado el reducido número de Facultades de Farmacia. Pero lo que hacía más difícil la situación era que Madrid y Barcelona encabezaban dos escuelas muy fuertes que, con actuaciones bastante autoritarias, ejercían un control férreo sobre los tribunales de acceso a nuevas cátedras. Por ello, resultaba muy difícil para un profesional “independiente” lograr una de ellas. Tal era la conciencia de este poder que he escuchado a varias personas relatar cómo el jefe de una de estas escuelas se jactaba frente a potenciales opositores con un “*usted será catedrático si Dios quiere y a mí me da la gana*”. Las características de aquellos exámenes eran las comunes en la época, muy largas tanto en su preparación como en su desarrollo y valoraban sobre todo la antigüedad y un conocimiento memorístico del temario docente. Sin embargo, comenzaban a introducirse gestos poniendo en valor la actividad investigadora y que respondían, quizá, a la percepción de que, aunque no podía exigirse a los candidatos algo que no habían aprendido en los ambientes universitarios del país, eran conscientes de los enormes cambios que estaban ocurriendo dentro de esta ciencia fuera de él.

Mi padre oposita dos veces al cuerpo de catedráticos durante los años 60, y siempre consideró que la segunda fue la mejor. Según nos contó, gracias a esta segunda intentona brillante y a la imagen que había logrado transmitir durante esos años en los distintos ámbitos de la profesión, salió a la tercera en 1970, bajo la entonces nueva figura de **Profesor Agregado**. ¡Nunca he sabido cómo lo hizo! Obviamente debió impresionar al tribunal, y además tuvo un poco de suerte porque había varias plazas; pero fue toda una excepción y una sorpresa el hecho de que alguien sin padrinos lo lograra.

En 1971 accede a **Catedrático** y esto marca el comienzo de la nueva época del Prof. Esplugues Requena, en la que él es responsable principal de la Farmacología en Valencia. Surge aquí un término nuevo para definir mejor su actividad profesional: **mentor**, palabra que según la Real Academia Española de la Lengua quiere decir “*consejero o guía*”. Lo he escuchado tantas veces que me cuesta poco imaginar a mi padre con 43 años planear el futuro en aquel ambiente. No creo que le asustara el reto y menos aún que dudara de lo que globalmente quería conseguir: hacer de su Departamento un lugar de referencia. Pero sí vislumbro las incertidumbres que tendría: ¿A dónde dirigirse?, ¿de qué manera? y, sobre todo, ¿con qué dinero? Los 70 son años en los que España está creciendo, se invierte en sanidad y se construyen los cimientos de la red hospitalaria actual. Pero siendo todo mejor, sigue sin haber dinero para ciencia y los fondos de Farmacología de Valencia provienen de pequeñas aportaciones de la Universidad que son claramente insuficientes para desarrollar una actividad investigadora competitiva.

Repasando el CV de mi padre resulta ahora sencillo entender su línea de actuación: es producto de su pasado y de la mejora general de España. Sus estancias en centros extranjeros tuvieron lugar en laboratorios de compañías farmacéuticas. Eran además resultado de la inquietud de un pequeño grupo de profesionales, como los Dres. Aznar y Carvajal, que con sentido de patria y trabajando en multinacionales de incorporación reciente al mercado nacional, querían no sólo mejorar la actividad comercial sino también promover la capacidad de generación de conocimiento. Nada entonces más natural que ofrecer Valencia como centro para la investigación de esas mismas empresas. Esto ahora es una conducta habitual, pero en aquel momento fue toda una revolución, y hasta mal visto. Costó mucho, pero se consiguen los primeros convenios con laboratorios como, entre otros, Boehringer, Sandoz, ELMU o Made, y su departamento comienza a crecer. Se acentúa también un proceso que ya había comenzado antes: Farmacología se convierte en un centro de acogida para todo médico clínico que muestra un interés en investigar. Esta figura es cada vez más frecuente en la ciudad y tiene en Juan Esplugues Requena un aliado entusiasta y generoso, de tal modo que durante muchos años sus laboratorios se comparten con muchos servicios del Hospital Clínico Universitario, como Cardiología, Pediatría, Cirugía, Digestivo, etc. Con los nuevos fondos se empieza a comprar material moderno y, además del crecimiento de la plantilla, el dinero extra permite incorporar más personal de perfil técnico y administrativo y hasta estadísticos... toda una novedad en nuestro entorno. Por último, se intenta captar estudiantes interesados en la asignatura apoyándolos y, eventualmente, promocionándolos. Una de las cosas que me llama la atención es como

con el dinero de la industria se complementan los modestos salarios de todos, absolutamente todos, los miembros del Departamento. Revisando los papeles de mi padre encontré unas libretas donde se apuntaban las aportaciones periódicas realizadas por transferencia bancaria, y no pude dejar de admirar la distribución de las mismas: desde los alumnos de enfermería o medicina que colaboraban en el laboratorio hasta recién graduados, profesores de plantilla o el personal de apoyo contó con estas ayudas. Se anima al profesorado a salir fuera y se buscan los fondos para sufragar tales visitas, se pagan clases de inglés, se crea una biblioteca departamental con los principales libros y revistas de la especialidad, etc. Es un modelo que ahora podemos considerar habitual pero que hace 40 años era absolutamente avanzado e inusual.

Veo un patrón en la conducta de mi padre en todos estos procesos. Creo que siendo muy consciente de las carencias y las lagunas de su formación decidió con humildad convertirse en el escudo y el mentor de las nuevas generaciones para, en primer lugar, que no necesitaran pasar las penalidades que él había vivido y en segundo, pudieran llegar más lejos que él y llevaran el nombre de su Departamento y de su ciudad hasta las cotas más altas. Le escuché decir muchas veces la frase de Cajal: “La gloria del Profesor no está en lograr discípulos que le sigan, sino sabios que le superen”. Esta es una conducta más fácil de definir que de llevar a cabo porque se necesita mucha entereza por parte del que ofrece, y también del que recibe, para que este intercambio sea entendido y asumido. La vida es complicada y no todas aquellas apuestas salieron igual de bien, y lo normal es que el que triunfa piense que es sólo por sus méritos y el que fracasa considere que es sólo responsabilidad de otro. No es mi intención juzgar el esfuerzo profesional de nadie, pero repasando la historia de nuestra área de conocimiento, no conozco un sólo caso donde una persona estableciera una pauta de actuación tan amplia y, en mi opinión, tan generosa.

Los resultados fueron rápidos, y Valencia empezó a destacar y a tener bastante más peso. Es verdad que todo el país farmacológico y médico crecía, pero nuestro Departamento creció muy por encima de la media y, además, sin el amparo de la tradición, la pertenencia a “escuelas” o la cercanía física a los centros de poder político o industrial. En término de publicaciones, los 70 son años de más artículos en español y a mitad de la década del comienzo de las primeras, muy pocas, publicaciones internacionales en revistas secundarias francesas y de habla inglesa. Para nada intento minimizar la importancia de estos textos, pues representan un cambio de trayectoria: de la autarquía a un comienzo de internacionalización. Además, se amplía la lista de temas en estudio y de las aproximaciones experimentales que en varios casos se convirtieron en la “imagen de marca” de nuestro Departamento y han perdurado hasta la actualidad. Mi padre aparece como firmante en todos, pero como primer autor ya más raramente, siendo lo habitual que lo haga como último a tono con su papel “*senior*”. Además, entrados los 70 aparecen los primeros volúmenes de la serie “**Perspectivas Terapéuticas con su Fundamento Farmacológico**”. Son 9 libros monográficos que tardan más de una década en escribirse y cada uno de ellos recoge de forma exhaustiva un tema relevante de la especialidad (Sistema Nervioso Central o Autónomo, Hormonas Antibióticos,...). En su conjunto representaron una

alternativa diferente a los entonces anticuados textos nacionales o a las traducciones de los manuales extranjeros. Varios son reeditados y entre los autores participan representantes de todos los ámbitos de la Farmacología española en lo que se puede considerar un ejemplo de respeto hacia la importancia entonces adquirida por este Departamento. La redacción de cada uno de estos libros era precedida por la realización de un curso monográfico con el mismo título, donde se intentaba que los farmacólogos valencianos tuvieran ocasión de “presentarse” a los de fuera, inicialmente solo nacionales pero en la última época con un número creciente de extranjeros. Estos cursos se mantuvieron hasta los años 90 con mucho éxito no solo en Valencia, y aun ahora periódicamente me encuentro con personas que los recuerdan como hitos docentes relevantes en su formación.

La década de los 80 fue una época complicada, con cambios importantes en el marco universitario. Yo creo que el Prof. Juan Esplugues Requena la comenzó con la seguridad y el orgullo que le confirió el visible éxito de su esfuerzo, ya que el Departamento siguió creciendo, pero también con la percepción de que su papel no podía ser ya el mismo. Con la madurez de los nuevos profesores surgen los primeros “promocionables” de lo que fuera se dio en llamar la “Escuela Valenciana”. Aunque en las oposiciones las reglas de juego habían mejorado, seguía existiendo un número importante de catedráticos que aún respondían al esquema de la dualidad Madrid-Barcelona, y a mi padre le costó mucho la promoción a Cátedra de los primeros farmacólogos formados en la Facultad de Medicina de Valencia. Es también en este periodo cuando se da el salto científico definitivo y la investigación adquiere un nivel de excelencia hasta entonces desconocido. En 1983 recibe como co-investigador principal una ayuda de la entonces CAICYT por 22.250.000 pts. Eran los momentos iniciales de las subvenciones a proyectos de investigación tras evaluación competitiva y su cuantía era enorme si la comparamos con los cientos de miles de pesetas, más bien pocos, de la mayoría de los proyectos subvencionados entonces. Lo inusual del importe representa la confirmación oficial de haber sobrepasado un listón de excelencia en España. Además, en años sucesivos consigue financiación para otros proyectos y su renovación hasta el final de su actividad profesional. Se realizan decenas de Tesis Doctorales y, sobre todo, se internacionaliza definitivamente la investigación. Comienzan a editarse de forma regular monografías en inglés, producto de que las reuniones celebradas en Valencia contaban ahora con múltiples profesionales extranjeros. Empiezan también a publicarse artículos en revistas internacionales prestigiosas, cosa casi imposible hasta ese momento y que tiene al Prof. Esplugues Requena como claro promotor.

En 1986 pasa a ser Coordinador, y más tarde Director, del nuevo **Departamento de Farmacología y Farmacotecnia** adscrito a la Facultad de Farmacia de Valencia, que había sido fundada en 1974. Este departamento procedía de la integración de “**Farmacología**” de Medicina con “**Farmacognosia y Farmacodinamia**” y “**Galénica y Tecnología Farmacéutica**” de Farmacia. Teniendo en cuenta la larga historia de la Farmacología en Valencia, mi padre hubiera preferido la adscripción del área de conocimiento a la Facultad de Medicina, pero si algo caracterizó al Prof. Esplugues Requena fue su capacidad de adaptación,

así que asumió la situación y con buen talante y ánimo dialogante se esforzó en limar asperezas y evitar choques culturales.

Hacia el final de esta década hay dos situaciones difíciles que lo marcaron. Una fue el fracaso de la consolidación de la **Farmacología Clínica** y la segunda ciertos desencuentros con las autoridades académicas. He de confesar que nunca he llegado a entender lo que ocurrió con la Farmacología Clínica porque, después de haberse logrado la acreditación ministerial e incluso haber tenido tres promociones de médicos residentes, se perdió. De hecho, Valencia es hoy en día la única ciudad importante española que aún no tiene establecido un servicio hospitalario de Farmacología Clínica.

Ninguna de estas circunstancias empequeñece su legado, pero para una persona con su idea de Universidad fueron momentos muy duros. Con todo, tengo que decir, y con mucho orgullo, que mi padre me dictó una lección de entereza cuando absolutamente sólo aguantó presiones que hubieran doblegado una personalidad menos fuerte o menos honesta para que asumiera situaciones que distaban del concepto de Universidad por el que él había luchado y, que en su opinión, eran además poco beneficiosas para el futuro del Departamento. Con el paso de los años no he dejado de pensar que fue su hora más solitaria y, a la vez, la más valiente.

Y con los 90 nos acercamos al final de la trayectoria académica del Prof. Esplugues Requena. En 1991 cesa como Director de Departamento, aunque se mantiene hasta el final del 92 como Director de la Sección Departamental de Farmacología en la Facultad de Medicina. En 1993 es nombrado **Profesor Emérito** hasta finales de 1996, cuando se retira definitivamente.

En una personalidad tan amplia como la de mi padre hay también ámbitos que complementan su actividad académica. En 1987 creó la “**Fundación Juan Esplugues**” con el objetivo de “*subvencionar la formación farmacológica preferentemente a postgraduados menores de 35 años*”. Gracias a la generosidad de sus discípulos y de esta su Facultad la Fundación sigue teniendo su sede en nuestro Departamento a donde acudió diariamente hasta su muerte. A lo largo de estos 25 años la Fundación ha sufragado un cuantioso número de becas que han contribuido a la formación de muchos profesores e investigadores.

Entre 2005 y 2010 fue nombrado “**Presidente de la Comisión Deontológica del Colegio de Médicos**”, un reconocimiento implícito a su imagen de honestidad y, en un plano más formal, recibió en 2006 el premio “**Reconocimiento a toda una vida profesional**” concedido por la Fundación del Colegio de Médicos y Patrocinado por el Ayuntamiento de Valencia.

Con el ánimo de favorecer la linealidad del discurso he reducido al mínimo la relación de nombres propios; fuimos muchos sus discípulos y sus amigos, y espero que ninguno se moleste por no ver su nombre citado. Sin embargo, merece la pena resaltar la alegría que sintió y manifestó cuando el Profesor Esteban Morcillo, un farmacólogo como él y probablemente su discípulo más cercano, fue elegido Rector. Me consta que

sintió esta elección como propia y como culminación del esfuerzo comenzado hace ya tantas décadas.

Termino con una precisión importante: la vida profesional de Juan Esplugues Requena es hasta cierto punto un ejemplo de la actitud vital de unas generaciones que, surgiendo en condiciones muy adversas, supieron sobreponerse y fijarse objetivos ambiciosos y generosos. Nunca mejor que un momento de crisis como el actual para recordar ese espíritu, apretar los dientes y luchar por mejorar la situación. En el caso concreto de mi padre, su legado se resume en las tres palabras que escogí al principio de esta semblanza: **pionero, generoso y apasionado.**

He dicho, muchas gracias